

*El valor afectivo
de los fragmentos del cuerpo.
Dimensiones culturales
de la donación de órganos
en la España democrática*

Alina Danet

Escuela Andaluza de Salud Pública

Rosa M.^a Medina Doménech

Universidad de Granada

Resumen: En este artículo analizamos la emocionalidad vinculada a la tecnología del trasplante de órganos en la España de los ochenta. A través de *ABC*, *El País* y otros materiales visuales exploramos no sólo los sentimientos expresados en los medios por donantes y receptores, sino, principalmente, la lógica emocional colectiva vinculada a los trasplantes, que enfatizó la solidaridad como fuente de cohesión nacional y modernidad democrática. Nuestra investigación contribuye a una comprensión de la aceptación cultural de esta tecnología como un proceso semiótico y material. También ayuda a entender la historia de la transición política como un recorrido cargado de aspiraciones emocionales.

Palabras clave: trasplantes de órganos, solidaridad, transición, aspiraciones emocionales, historia de las emociones.

Abstract: In this paper we analyze the emotionality linked to the medical technology of organ transplants during the 1980s in Spain. Using the newspapers *ABC*, *El País*, and other visual materials, we explore the individual feelings expressed in the media by donors and receptors. More importantly, we expose the «emotionology» that emphasized solidarity as a source of national cohesion and democratic modernity. Our paper contributes to an understanding of the cultural acceptance of this technology as a semiotic-material process, and also to an exploration of the history of the political transition as a trajectory loaded with emotional aspirations.

Keywords: organ transplants, solidarity, Spanish Transition, emotional aspirations, History of Emotions.

«Sin solidaridad no saldremos adelante».
(Felipe González, *El País*, 4 de octubre de 1982)

Introducción

Los trasplantes de órganos, como otras biotecnologías contemporáneas, requieren actos de generosa donación o de comercialización, pues están basados en un trueque de materiales biológicos que cuestiona la individualidad del cuerpo. Estas tecnologías plantean retos históricamente significativos a nuestras concepciones individuales y colectivas sobre la muerte y el cuerpo individual y social. Conocer a fondo estos retos requiere analizar los procesos emocionales subyacentes a la puesta en marcha y sostenimiento de estas tecnologías. Estos procedimientos podemos estudiarlos, como plantea Donna Haraway (1995), como redes de actores semiótico-materiales cuya existencia no debe ser presupuesta, sino entendida como resultado de una interacción social de carácter histórico¹. Pero, además, como argumentamos en este artículo, toda tecnología desencadena una serie de emociones individuales y colectivas que, a su vez, modifican el significado e incluso la materialidad y puesta en práctica de este método.

España es el país con más índice de donación y trasplantes de órganos procedentes de cadáver. Los factores que han generado la afección social por esta tecnología recorren el siglo XX². En este trabajo nuestro objetivo no es tanto desentrañar las técnicas persuasivas del discurso periodístico sobre los trasplantes, sino, a través de él, conocer aspectos emocionales de la vida social colectiva y de la intimidad personal³, y acercarnos a creencias y contradicciones cul-

¹ Donna HARAWAY: «Conocimientos situados: la cuestión científica del feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial», en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra Feminismos, 1995, pp. 313-346.

² Alina DANET: «El cuerpo muerto y sus partes vivas en la moral católica. Algunas claves históricas de la donación de órganos en España, 1903-1960», *Asclepio*, 65 (1) (2013), y Alina DANET y Rosa M.^a MEDINA-DOMÉNECH: «A Tale of Two Countries: Narratives of Hearts, Patients and Doctors in the Spanish Press», *Public Understanding of Science*, 22 (9) (2013).

³ Margaret LOCK: *Twice dead. Organ Transplants and the Reinvention of Death*, Berkeley, University of California Press, 2002, y Lesley A. SHARP: *Strange harvest:*

turales que encierra el cuerpo. En este sentido, el cuerpo aparecerá en nuestro trabajo como material humano individual y, a la vez, con significados afectivos y simbólicos que desbordan la definición circunscrita del cuerpo individual⁴.

Analizaremos el periodo comprendido entre 1979 (año de la Ley de Trasplantes 30/1979 legislada por el gobierno de la UCD) y 1989 [fecha de la puesta en funcionamiento de la Organización Nacional de Trasplantes (ONT) con un gobierno del PSOE]. La ley convertía la muerte cerebral identificada con electroencefalograma en el indicador de muerte y decretaba que toda persona ciudadana era donante *post-mortem*, salvo oposición explícita en vida. También establecía el carácter altruista (no comercial) de la donación y la aplicación de criterios médicos para distribuir los órganos disponibles entre personas en espera de un órgano⁵. La ONT fue la estructura organizativa estatal que quedó encargada de coordinar —a escala nacional y autonómica— todo el sistema de recogida, distribución, transporte y adjudicación de órganos y de trasplantes. Este sistema fue la base estructural de lo que se ha denominado «el modelo español de trasplantes»⁶.

La implantación del modelo español de trasplantes en la realidad sociosanitaria nacional ha tenido su génesis en la propia democratización política. Tras los primeros trasplantes de riñón en 1965 y el experimento de trasplante cardíaco realizado por Cristóbal Martínez Bordiú en 1968 con la técnica quirúrgica y el modelo de celebridad copiado de Christiaan Barnard en Sudáfrica⁷, durante los años setenta se pusieron las bases institucionales de los trasplantes con la creación de dos laboratorios («Centro Trasplante» y

organ transplants, denatured bodies, and the transformed self, Berkeley, University of California Press, 2006.

⁴ Rosa M.^a MEDINA-DOMÉNECH: «Nuevas áreas de interés histórico-médico. Tecnologías médicas e identidades», en Rosa M.^a MEDINA-DOMÉNECH: *La historia de la medicina en el siglo XXI. Una visión poscolonial*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 95-108.

⁵ Javier HERVADA XIBERTA: «La nueva ley sobre trasplantes de órganos. Persona y derecho», *Revista de fundamentación de las instituciones jurídicas y de derechos humanos*, 7 (1980), pp. 369-375.

⁶ Rafael MATESANZ (ed.): *El modelo español de trasplantes*, Madrid, Aula Médica, 2003.

⁷ Alina DANET y Rosa M.^a MEDINA-DOMÉNECH: «A Tale of Two Countries...».

«Madrid Trasplante») para determinar la histocompatibilidad, con hospitales adscritos para el intercambio de órganos⁸.

Sin embargo, según Rafael Matesanz⁹, promotor del modelo español de trasplante, el desarrollo necesario para la implantación de esta tecnología no se inició hasta 1979 por la presión de cirujanos (que en esta etapa realizaban trasplantes en centros específicos y a muy bajo ritmo), la movilización de enfermos en demanda de amparo legal y las orientaciones del Consejo de Europa sobre la necesaria legislación. Así, en noviembre de 1978 el grupo parlamentario socialista presentó una proposición de ley de trasplantes que, pese a las resistencias de las posturas más conservadoras (como la de Manuel Fraga de Coalición Democrática), se sancionó como Ley de Trasplantes 30/1979, de 29 de octubre, reguladora de la extracción de órganos y trasplantes en España. Pocos meses después se aprobaba el Real Decreto 426/1980, de 22 de febrero, que desarrollaba la Ley de Trasplantes y definía los criterios de muerte cerebral. La normativa, así como el desarrollo farmacológico de la inmunosupresión, facilitaron la intensificación de los trasplantes renales y la realización de los primeros hepáticos y cardíacos (1984) o dobles de corazón y pulmón (1986). En esta década la especialización en trasplantes se constituyó en un campo profesional atractivo, única actividad con incentivación directa en el sistema hospitalario, contribuyendo al desarrollo de una pujante cultura profesional del trasplante¹⁰.

En paralelo a la reorganización política, en los años ochenta se produjo una progresiva coordinación nacional con la creación de registros específicos de trasplante, la figura de los coordinadores autonómicos, las Oficinas de Intercambio de Órganos y, en 1989, la puesta en marcha de la Organización Nacional de Trasplantes, coordinadora de todo el sistema de recogida, distribución, transporte y adjudicación de órganos. Este sistema fue la base estructural de lo que se ha denominado «el modelo español de trasplantes»¹¹.

⁸ Mariano PÉREZ ALBACETE: «Evolución cronológica del trasplante renal en España», *Actas Urol. Esp.*, 30 (2006), pp. 735-748.

⁹ Rafael MATESANZ: «Factors that influence the development of an organ donation program», *Transplantation Proceedings*, 36 (2004), pp. 739-741.

¹⁰ Mariano PÉREZ ALBACETE: «Evolución cronológica...», pp. 735-748.

¹¹ Rafael MATESANZ (ed.): *El modelo español...*

Además, las altas tasa de siniestralidad y, posteriormente, las donaciones provenientes de pacientes con accidentes cerebrovasculares favorecieron la recolección de órganos¹². Pero su carácter fluctuante hizo consciente a la profesión médica de la importancia de los medios de comunicación en la creación de un «clima social favorable [...] un factor determinante en el éxito de nuestro sistema», como reconocía Rafael Matesanz¹³. Otros estudios sobre Australia, Países Bajos y Suiza coinciden en que la prensa fue parte integrante de la propia tecnología, al cambiar el contexto moral y emocional que promocionó la donación y aceptación¹⁴.

En nuestro país, la puesta en marcha de los trasplantes coincidió con la transición democrática, un proceso que, como señaló Redero San Román en las páginas de esta revista, no debe asumir la «hipótesis de la autonomía de las fuerzas políticas e institucionales» en su producción¹⁵. En este sentido, nuestra investigación quizá amplía el análisis de lo que José Carlos Mainer llamó «la transición como cultura», pues propone incorporar factores emocionales, relacionados con el cuerpo individual y colectivo¹⁶, que configuraron la transición democrática y complementan la historiografía de su marco político general.

¹² OBSERVATORIO NACIONAL DE SEGURIDAD VIAL: *Anuario Estadístico de Accidentes*, Madrid, Dirección General de Tráfico, 1998, y Rafael MATESANZ: «Factors that influence...».

¹³ Rafael MATESANZ: *El milagro de los trasplantes. De la donación de órganos a las células madre*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

¹⁴ Ayesha NATHOO: *Hearts Exposed: Transplants and the Media in 1960s Britain*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009; Tsjalling SWIERSTRA, Hester VAN DE BOVENKAMP y Margo TRAPPENBURG: «Forging a fit between technology and morality: The Dutch debate on organ transplants», *Technology in Society*, 32 (2010), pp. 55-64, y Raphael P. HAMMER: *Emotions and Narratives as a Means of Raising Public Awareness of Organ Donation: The Case of Transplant Stories in the Swiss Press*, International Sociological Association, 2010.

¹⁵ Manuel REDERO SAN ROMÁN: «La transición a la democracia en España. Introducción», *Ayer*, 15 (1994), pp. 11-14.

¹⁶ José Carlos MAINER: «La cultura de la transición o la transición como cultura», en Carme MOLINERO: *La transición treinta años después. De la dictadura a la instauración de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, pp. 153-183.

Órganos para todos. La democratización del proceso donación-trasplante

Tras la aprobación de la Ley de Trasplantes de 1980, los trasplantes se admiraban por su contribución al progreso («fenómeno moderno y revolucionario») pero, a la vez, se vinculaban al principio democrático del derecho a la información y a la accesibilidad de bienes de consumo. Según un reportaje del semanal *Blanco y negro*: «Cuando se trata de aplicar a nuestro país, por medio de leyes, algo como la utilización de los cadáveres [...] nadie puede ni debe permanecer indiferente. El público tiene derecho a preguntar, a reflexionar y a informarse»¹⁷.

En décadas anteriores se propició un discurso positivo sobre los trasplantes como símbolo de progreso y modernidad, auspiciado, desde la prensa, por médicos, abogados y representantes de la Iglesia, que apelaron a los sentimientos y moral católica, y difundieron, a veces mediante la culpabilización, la necesidad de asumir un alto compromiso y responsabilidad social. También en los ochenta podemos identificar recursos persuasivos similares por parte de representantes de la medicina, la Iglesia o el derecho. En 1983, el oftalmólogo Ricardo Reguera, el abogado José Luis Campuzano y el teólogo Juan Garrido consideraban la donación como acto de «civismo y responsabilidad» o «culto social del amor»¹⁸. Sin embargo, en esta década la prensa amplió el espectro de agentes de opinión, incluyendo puntos de vista de las ciencias sociales y humanidades, de pacientes y familiares, o de la propia ciudadanía.

Pronto se planteó el debate sobre si la donación era exigible o si el público debía ser educado en la donación. Recién aprobada la ley aparecía en *ABC*, bajo el título «Trasplantes y “solidaridad obligatoria”», una crítica contundente a la imposición legal de la obligación a donar por no respetar el principio de libertad, aunque se defendía la «mentalidad solidaria, moderna y avanzada que mueve a los hombres y mujeres de una época altamente tecnificada a donar

¹⁷ «Dos leyes polémicas. Autopsias y trasplantes de órganos», *Blanco y Negro*, 9 de abril de 1980.

¹⁸ «Trasplante de órganos: esperanza de vida para muchos», *ABC* (Sevilla), 26 de noviembre de 1983.

algunos de sus órganos». La obligación de donar se interpretaba como un impuesto del propio Estado y un reflejo de la idea de solidaridad defendida por el socialismo, que «tiene una propensión a obligar y a prohibir sólo comparable al fascismo». Frente a esa «solidaridad obligatoria» se argumentaba que la campaña de donación debía favorecerse con la promesa de beneficios fiscales para quien ofreciera sus órganos¹⁹. En un artículo de 1983²⁰ el catedrático de metafísica Antonio Segura y el presidente de la Asociación de Donantes de Riñones ALCER, Antonio Vidal, resaltaban la donación de órganos como una opción libre, pero exigible y que requería informar y educar a la población. «No se debe esperar la donación, sino que ésta debe ser exigida», afirmaba Antonio Segura, mientras que Vidal opinaba que «hay que enseñar a la gente qué es y qué significado tiene la donación de órganos».

La asociación ALCER, creada en 1976, lideró numerosas campañas de sensibilización prodonación, insistiendo en las dificultades de las personas con insuficiencia renal crónica, cuya «única esperanza es el trasplante»²¹. A principios de los ochenta, el eslogan de la campaña fue «Donar es amar la vida»²², porque los riñones de las personas fallecidas «pueden salvar dos vidas y devolver dos pacientes a la sociedad»²³. A finales de la década, en 1989, el lema fue «No te lleves tus riñones, dónalos», la campaña animaba a «regalar vida», dado el escaso grado de información y concienciación ciudadana²⁴.

En las cartas al director de *ABC* se exponían las quejas y desacuerdos con el «egoísmo a veces absurdo e incomprensible» de las familias que negaban la donación, pese a que «no nos cuesta ninguna de las dos cosas a las que más tememos [...] dinero y dolor»²⁵.

¹⁹ PUBLIUS: «Trasplantes y “solidaridad obligatoria”», *ABC*, 13 de octubre de 1979.

²⁰ «Donación de órganos: entre la ayuda y la generosidad humana», *ABC* (Sevilla), 5 de abril de 1983.

²¹ «El trasplante, única esperanza para los enfermos de insuficiencia renal crónica», *ABC* (Sevilla), 13 de mayo de 1981.

²² «Donar es amar la vida», *ABC* (Madrid), 14 de mayo de 1981.

²³ «ALCER-Giralda ha llevado una campaña de mentalización para la donación de riñones», *ABC* (Sevilla), 2 de julio de 1982.

²⁴ Felipe JIMÉNEZ: «No te lleves tus riñones, dónalos», *ABC* (Madrid), 8 de junio de 1989.

²⁵ Antonio GÁLVEZ MARÍN: «Trasplante de órganos», *ABC* (Madrid), 14 de octubre de 1984.

En otra carta, en 1986, se tildaba de «inconcebible» la cicatería en la donación y de «lamentable» que el número de trasplantes renales «sólo fuera de 1,3 por millón de habitantes»²⁶. En 1987, el periodista Faustino Fernández Álvarez calificaba de injustificables las resistencias sociales: «No es justo que unas norias se oxiden mientras en otros pozos queda agua, ni que una acequia se ciegue por considerar como algo ajeno la zanja en la que se apelmazan y se asfixian las hojas del otoño»²⁷. La metáfora del circuito de agua remitía a la idea de que el cuerpo de cualquier persona pertenecía al cuerpo social, y sus partes, a cualquiera que las necesitase. Según el periodista Miguel Ángel Martín, el hecho de que «los cuerpos de los infortunados se entierren» era signo de derroche propio de una sociedad «deshumanizada», habiendo personas a las que un órgano «puede salvarles la vida o al menos mejorar su estado»²⁸. Las críticas a la laicización de la sociedad española de los ochenta se argumentaban con base en un cambio social que, para los periodistas de *ABC*, conllevaba la pérdida de valores como la generosidad y la solidaridad, que ocasionaba «la despersonalización y la deshumanización» y la «voráGINE de vida que nos ha tocado vivir [...] y que nos va insensibilizando»²⁹. Sin embargo, la solidaridad formó parte esencial del discurso socialista desde antes del triunfo electoral. El propio Felipe González en un mitin preelectoral en la ciudad de Cádiz, en 1982, vinculaba la solidaridad al progreso, proponiendo una versión laica del principio solidario vinculado al futuro y al progreso social («sin solidaridad no saldremos adelante»). El tratamiento de las donaciones en la prensa más conservadora se convertía en un espacio tanto para desplegar cierta nostalgia por la moralidad tradicional, como para la plena confianza en las posibilidades científico-técnicas de la medicina. Para comprender esta aparente contradicción resulta útil la metáfora del «mono del desencanto» que Teresa Vilarós sugiere para reflejar la difícil adaptación socio-

²⁶ Francisco BENJUMEA HEREDIA: «Donantes de órganos», *ABC* (Madrid), 26 de marzo de 1986.

²⁷ Faustino F. ÁLVAREZ: «Se busca un corazón», *ABC* (Madrid), 2 de mayo de 1987.

²⁸ Miguel Ángel MARTÍN: «Estamos orgullosos de haber donado el corazón de Miguel», *ABC* (Madrid), 18 de abril de 1985.

²⁹ José María CARRASCAL: «La belleza de vivir después de morir», *ABC* (Madrid), 12 de enero de 1996.

cultural a lo largo de la transición española a un «espacio/tiempo entre dos paradigmas históricos» (dictadura y democracia)³⁰.

Además de la «ansiedad por la escasez»³¹, que parecía la traba principal de los trasplantes, la prensa reflejaba su preocupación por la distribución equitativa de recursos. En 1984 un periodista de *ABC* se preguntaba: «¿Con qué criterios se seleccionará a los contadísimos beneficiados por el quirófano?», teniendo en cuenta sus costes millonarios (en pesetas)³². Para las personas con recursos, como los casos muy difundidos del tenor José Carreras o la soprano Angelines Gulín, no había dificultad en costear sus propias intervenciones, incluso fuera de España³³. Pero la prensa también subrayó que el sistema español garantizaba el reparto equitativo de trasplantes entre pacientes de condición humilde. Así se difundía el caso de Jaime Ferrá, un niño mallorquín nacido ciego y trasplantado de córnea, cuya familia se mantenía con «un solo sueldo»³⁴, o de Juan Carlos Delgado, tercer hijo de una familia de agricultores de Riobobos, en Cáceres, que se recuperaba tras «recibir» corazón e hígado de diferentes donantes³⁵. Algunas veces se realizaba la magnánima ayuda de la Corona, como el caso de una niña necesitada cuyo trasplante corneal asumió la reina, dada la situación familiar de desempleo³⁶. Otro trasplantado de corazón en la Clínica Universitaria de Pamplona también quería «escribir cuanto antes al príncipe de Asturias» transmitiéndole la situación económica de su familia³⁷. El acceso a los trasplantes se presentaba como un derecho accesible a toda la población, incluidas las minorías étnicas, tal y

³⁰ Teresa M. VILARÓS: *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

³¹ Lesley A. SHARP: *Strange harvest...*

³² «El corazón del cambio», *ABC* (Madrid), 9 de diciembre de 1984.

³³ «La familia del tenor José Carreras busca un donante de médula ósea», *El País*, 6 de agosto de 1987, y «Carreras, en situación estable, tras haberse sometido a un trasplante de médula ósea», *ABC* (Madrid), 18 de noviembre de 1987.

³⁴ Carlos IGLESIAS y P. PARDILLO: «Mami, estoy viendo», *Blanco y Negro*, 3 de diciembre de 1980.

³⁵ Felipe JIMÉNEZ: «El niño Juan Carlos Delgado se recupera favorablemente de sus dos trasplantes», *ABC* (Madrid), 26 de marzo de 1986.

³⁶ «La reina costea la operación de trasplante de córnea de una joven», *ABC* (Sevilla), 29 de septiembre de 1982.

³⁷ «El muchacho del trasplante desea escribir al Príncipe de Asturias», *ABC* (Sevilla), 12 de julio de 1984.

como mencionaba un paciente a la espera de trasplante al referirse a Manolillo, el niño de etnia gitana de Villanueva de la Sierra «que con sus cinco añitos de enfermedad [...] volvió a la vida y a la sonrisa, que nunca perdió»³⁸.

De esta manera, la tecnología de trasplantes se incorporaba al amplio proceso de democratización político-social y sanitaria, transmitiendo la idea de un órgano para todo el mundo y una percepción comunal del cuerpo de manera que cada cuerpo era, desde la perspectiva de la donación, el cuerpo de todos. Incluso los cuerpos de personas receptoras podían convertirse en donantes ejemplares³⁹. En el marco de esta democratización corpórea, y, por consiguiente, del acceso al órgano, las donaciones insuficientes constituían una seria limitación y cuestionaban la adhesión a los ideales altruistas y solidarios. Los órganos eran, como sugiere Lesley Sharp, un inestimable «elemento de valor» (*precious thing*) tanto para donantes —cuyos familiares ven en la donación una pervivencia humana—, como para receptores que, con una visión mecanicista del cuerpo, ven en el reemplazo de la pieza defectuosa la solución vital⁴⁰. Para el cuerpo social, el órgano se convertía en un elemento de valor para probar los ideales solidarios de la colectividad. Se fomentaba así, frente al franquismo, una moralidad laica basada en el valor de la solidaridad que probablemente sintonizaba con las aspiraciones solidarias de ciertos sectores sociales.

Como ha señalado Goodwin (2006), en los modelos de consentimiento presunto el Estado es el gestor de los órganos disponibles para beneficio común en un marco democrático de aceptación del contrato social⁴¹. En el caso español, el Estado, como vertebrador territorial, se encargaba también de distribuir la materia prima para el trasplante, rentabilizando al máximo las extracciones y eliminando cualquier barrera geográfica. Así, «la extracción de los órganos de la niña de doce años Yolanda Rebollo Linares» la realizaron, en 1987, cinco médicos y dos anestesiistas desplazados a Huelva, ha-

³⁸ Jesús RAMÍREZ: «Trasplantes de órganos», *El País*, 24 de octubre de 1984.

³⁹ «Donación ejemplar», *ABC* (Madrid), 17 de julio de 1987.

⁴⁰ Lesley A. SHARP: *Strange harvest...*

⁴¹ Michele GOODWIN: *Black markets. The supply and demand of body parts*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

ciendo posible que «enfermos de Sevilla, Granada y Madrid recibieran órganos de la niña muerta en el Rocío»⁴².

Trasplantables somos. «El trasplante de cada día»

En los ochenta la prensa fue un escaparate a la vez que un espacio moldeador de los dilemas culturales que suscitaba la tecnología de trasplantes. En 1987, *ABC* publicaba una viñeta de Mingo que, bajo el título «El trasplante de cada día», evocaba la facilidad y generalización de la tecnología médica del trasplante y una comprensión de las vísceras humanas como productos consumibles *à la carte*.



Fuente: «¡El trasplante de cada día!», *ABC*, 5 de julio de 1987.

⁴² «Enfermos de Sevilla, Granada y Madrid recibieron órganos de la niña muerta en el Rocío», *ABC* (Sevilla), 10 de junio de 1987.

Complementaria a esta visión del cuerpo como bien consumible, existía su percepción como máquina mejorable por sustitución de piezas. En 1981, el periodista Lorenzo López calificaba la década recién estrenada como «época del cuerpo recambiable [...], esa gran utopía, tan violenta ya, de la ingeniería genética, que da al mismo tiempo esperanza y pavor, que nos incita [...] [a] ese engañoso y pertinaz anhelo de inmortalidad»⁴³. Dos años después en «Corazones a la medida» se reflexionaba sobre cómo la visión corporal mecanicista desdibujaba los límites del cuerpo individual y desmantelaba «la ecuación orgánica que ligaba a cada hombre con su propio corazón»⁴⁴, abriendo «nuevos horizontes para el progreso de la vida». La investigación médica había permitido, según la noticia, «conocernos mejor en nuestra sustancia íntima, saber más de las señas de identidad más particulares que definen cada ser», aunque, paradójicamente, los límites del cuerpo se desvanecían.

Esta percepción mecanicista más «desencantada» y consumista del cuerpo —como partes recambiables y donables— chocaba con otras ideas más unificadas y vitalistas defendidas, sobre todo, desde sectores católicos. José María Gironella en 1983 se preguntaba acerca del valor de cada órgano más allá de su componente capitalizado⁴⁵: «Cuesta admitir que aquello que nos conforma carece de memoria [...] Es posible que nuestras vísceras sean neutras y que al ser trasplantadas no lleven consigo otra carga que la puramente mecánica [...] Podría sospecharse que la parte, al ser desgajada del todo, reclame para sí alguna partícula sustancial. Querría pensar que el corazón está inserto en nuestra intimidad más estricta, en lo que hace que seamos quienes somos y no cualquier otro. Debe de haber un palpito individual incluso en las uñas de nuestros pies». Gironella apuntaba que esta percepción cultural de que cada órgano era parte sustancial del «sí mismo» y portador de una cierta conciencia era la base para una «difusa sensación de miedo», que podía explicar la resistencia social a la donación de órganos: «Hay una resistencia visceral, nunca mejor dicho, por parte de los vivos

⁴³ Lorenzo LÓPEZ: «El cuerpo es máquina», *ABC* (Madrid), 29 de noviembre de 1981.

⁴⁴ «Corazones a la medida», *ABC*, 25 de marzo de 1983.

⁴⁵ José María GIRONELLA: «En torno a los trasplantes», *ABC* (Madrid), 9 de enero de 1983.

a hacer donación de órganos para después de la muerte [...] Firmar se les antoja que es ya morir un poco. Será tarea ardua vencer esta postura, que presupone mirar a la muerte cara a cara, como si se tratase de una vieja amistad». Curiosamente, el miedo visceral al que, no por casualidad, se refería Gironella, situaba la vivencia emocional en el propio órgano, convertido, simbólicamente, a la vez en causa y en objeto de los temores.

No todo el mundo parecía de acuerdo en cargar de significado emocional esa «cosa peculiar» cargada de simbolismo que es el órgano del cadáver en otra persona⁴⁶. El mismo año de la aprobación de la Ley de Trasplantes (1979) Fernando Ahumada planteaba, en tono irónico, una visión casi banal de la experiencia y aceptación del implante: «Los riñones y corazones son parecidos unos a otros y como, además, van por dentro y no se ven, pues mira, igual te da llevar el corazón de un chino que el de una cabra, ¡con tal de que funcione!»⁴⁷. Pese a la aparente trivialización de la utilidad del órgano, el autor contribuía a democratizar la tecnología sin distinción de etnias y, sobre todo, planteaba una cuestión existencial relevante: «¿Cómo empalmando trozos de muertos puede resultar una persona viva?».

La pregunta no era retórica. Como señala Lesley Sharp (2006), la tensión entre la vivencia individual del trasplante, con sus emociones asociadas, y la imagen pública y colectiva del mismo es una de las «paradojas del trasplante». Frente a la desproblematización de las emociones en el plano colectivo, en el individual, el trasvase de órganos supone un reto a la identidad, la integridad y la soberanía sobre el propio cuerpo. Especialmente, quien recibe el órgano afronta el reto de adquirir un conocimiento interno nuevo y de reestructurar la subjetividad individual⁴⁸.

⁴⁶ Lesley A. SHARP: *Strange harvest...*, p. 17.

⁴⁷ Fernando AHUMADA: «¿Quiere usted cambiar de cabeza?», *ABC* (Madrid), 17 de noviembre de 1979.

⁴⁸ Aslıhan SHALAN: *New organs within us. Transplants and the moral economy*, Londres, Duke University Press, 2011, y Lesley A. SHARP: «Organ Transplantation as Transformative Experience: Anthropological Insights into the Restructuring of the Self», *Medical Anthropology Quarterly*, 9 (1995), pp. 357-389.

Emociones del donar: ¿descuartizar o hacer fructificar el cuerpo?

Aunque los trasplantes provocaran un buen número de publicaciones⁴⁹ es perceptible una atención menor a las experiencias emocionales individuales de familiares de donantes difuntos. En general, el momento de la donación aparecía como una oportunidad para restituir el confort y la serenidad personal tras la pérdida con la salvación proporcionada a otra persona. Este proceso individual e íntimo de superación y transformación positiva en el ámbito público mediante imágenes de renovación y renacimiento —más que de extracción o muerte— es lo que también Lesley Sharp denomina «greening of the body»⁵⁰, es decir, hacer fructificar el cuerpo muerto revitalizándolo con la donación.

El 6 de diciembre de 1980, *El País* publicaba la noticia sobre Francisco Díaz, director de la Mutua de Seguros de Pamplona, quien se había suicidado —tan cerca de la Clínica Universitaria de Pamplona que los médicos acudieron al oír los disparos— dejando una carta de donación. En 1985, el padre de Miguel Andrada, de diecisiete años de edad, muerto en un accidente, se mostraba «triste, terriblemente triste por la pérdida de nuestro hijo, pero orgulloso de que con su cuerpo se hayan podido salvar tres vidas»⁵¹. Otro alegato más lejano ilustraba muy bien esta forma de positivar la pérdida con el testimonio de la madre de un púgil surcoreano muerto en combate: «Mis verdaderas razones para la aprobación de los trasplantes es que así mi hijo seguirá viviendo de algún modo. Por medio de esos trasplantes espero que su espíritu de lucha se transmita a otro ser humano»⁵². El periodista José María Carrascal difundió otro caso de «fructificación» en una pareja de adolescentes norteamericanos donde el chico tenía intención de donarle el corazón a la novia tras «presentir su muerte». Carrascal ca-

⁴⁹ La búsqueda en *El País* y *ABC* (octubre de 1979 a diciembre de 1989) recuperó más de 1.800 artículos en *ABC* y 690 en *El País*.

⁵⁰ Lesley A. SHARP: *Strange harvest...*

⁵¹ Miguel Ángel MARTÍN: «Estamos orgullosos de haber donado el corazón de Miguel», *ABC* (Madrid), 18 de abril de 1985.

⁵² «La madre autoriza el trasplante de órganos de su hijo para que siga viviendo en otra persona», *ABC* (Madrid), 19 de noviembre.

lificaba el caso de «edición moderna de Romeo y Julieta» que permitía que «Julieta viviera con el corazón de Romeo»⁵³.

Sin embargo, la aceptación de la donación como un florecimiento del cuerpo fue bastante problemática y manifiestas las muestras iniciales de rechazo, sobre todo tras la promulgación de la ley. Alfonso García en *El País* (27 de octubre de 1979) comentaba cómo un ciudadano valenciano había plasmado su oposición ante notario por creer en la resurrección. No sólo subyacía el temor a la extirpación en vida, pues como indicaba el médico entrevistado, García Andrade, había razones para el rechazo comunes a muchas culturas, aunque la católica no obliga a «un cuerpo embalsamado o supercuidado». Parecía necesario «respetar la opinión de la familia», dado que «va a haber riñones y ojos suficientes. Durante dos, tres o cuatro horas los órganos no se deterioran».

Estos testimonios indican que quizá muchas personas con creencias católicas en la España de la época percibían sus órganos más como un santuario —un lugar sagrado necesario para la resurrección— que como un banco solidario y compartido. Aunque a lo largo de la década la solidaridad laica y las aspiraciones solidarias de la época fueran ganando preeminencia, los testimonios muestran que esta actitud requirió de un rápido cambio de mentalidades colectivas que no todas las personas subscribieron con el mismo grado de adherencia.

Una buena muestra de la profunda creencia en la necesidad de mantener el cuerpo íntegro tras la muerte, más allá, incluso, de creencias católicas, la representa la película *El donante* (1987), dirigida por Ramón Fernández. El film muestra un sueño del protagonista perseguido por una empresa de trasplantes que despliega unas acertadas técnicas de *marketing* mediante una alabanza desmesurada a su «preciado» pene (calificado de «verdadera joya») y una persuasión basada en la defensa de la donación como «acto benéfico y servicio a la humanidad». Una vez muerto y en el «purgatorio», el protagonista (Andrés Pajares) percibe la ausencia de pene, aunque sus oportunidades de sexualidad siguen tan «vivas» como cuando estaba «vivo». La película, en el marco del «destape», juega con los estereotipos culturales de la época y soluciona la ausencia

⁵³ José María CARRASCAL: «Mejora la joven de San Francisco a la que se implantó el corazón de su novio», *ABC* (Madrid), 9 de enero.

del órgano gracias a la donación que le propone una persona transexual muerta antes de la intervención de cambio de sexo. Los dos planean que el trasplante lo realizara Christiaan Barnard, figura mediática convertida en héroe del trasplante de corazón durante el franquismo⁵⁴. El final de la película desvela que la historia es fruto de los sueños del protagonista, que al despertar del coma despierta al representante de la asociación de donantes y destruye la hoja de donación. A pesar de lo grotesco de la historia, el film refleja cómo la creencia en la integridad del cuerpo responde a convicciones culturales y no sólo religiosas.

Entre los miedos culturales al trasvase de partes corporales estaba, según reflejaba la prensa, el terror a la mezcla, especialmente acusado en una sociedad tan homogeneizada durante la dictadura. Vicente Verdú en *El País* (28 de noviembre de 1984) ponía el dedo en esta llaga social en una tribuna titulada, precisamente, «Mezcla», donde advertía: «Mezclar sexos, edades, ideologías, ya no es monstruoso [...] sino un deseo radical de nuestras vidas».

Otra versión de los pavores que suscitó la ley fue el terror a la descuartización obligada tras la muerte. Un lector de Salamanca exponía esta situación en una carta a *El País* (6 de octubre de 1979) que era casi expresión gráfica de terror «gore» y comentaba «el peligro de ser “desmenuzado” que se cierne sobre cualquier víctima de accidente». El lector creía necesario mentalizar y crear un registro de opositores a ser «extraídos». Francisco Javier Plaza también se hacía portavoz de estos temores y se declaraba objetor, «opuesto a que se toque ni un pelo de mi cadáver». Era evidente que, para algunos, la recién estrenada democracia no ofrecía «garantías suficientes» a la integridad corporal tras cuarenta años de dictadura⁵⁵.

Por otra parte, el diagnóstico de muerte segura —para garantizar que la extracción se efectuaba sobre un cuerpo ya «realmente» muerto— había quedado regulada por ley, aunque las pruebas determinantes requirieron un largo consenso científico y una insistente tarea persuasiva entre el público. Aún en 1985, en el docu-

⁵⁴ Alina DANET y Rosa M.^a MEDINA-DOMÉNECH: «A Tale of Two Countries...».

⁵⁵ Estos miedos «extractivos» están presentes en culturas colonizadas y se manifiestan en rumores persistentes en amplios territorios africanos. Véase Luise WHITE: *Speaking With Vampires. Rumor and History in Colonial Africa*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 2000.

mental divulgativo *Los donantes*, se insistía en que el EEG a las seis horas demostraba «con todo rigor» que la persona estaba muerta (19.05'). Este criterio neurológico, asumido como argumento biológico incontestable de muerte cerebral, lejos de ser un criterio puramente científico, incluye una importante dimensión moral en la que la relación entre «daño» y «consentimiento» permite justificar la extracción de órganos del cuerpo cuyo cerebro está irreversiblemente dañado⁵⁶.

El País fue especialmente activo en fomentar el cambio social necesario para atenuar los temores a la donación. El propio Ministerio de Sanidad y Consumo incentivó la tarea periodística mediante los sustanciosos premios «Donación de órganos para trasplantes» convocados en 1984⁵⁷. En una «Tribuna Libre» (*El País*, 25 de noviembre de 1982) el periodista Francisco Szigriszt⁵⁸ defendió con contundencia los trasplantes y se posicionó contra el consentimiento familiar argumentando que «en momentos tan aflictivos no se encuentran con la suficiente objetividad para adoptar una decisión no meditada y que exige su utilización inmediata a la muerte clínica», y dadas las profundas «raíces democráticas» y modernas («a nivel de los países más avanzados») que garantizaban el respeto a «la libertad, la intimidad, la voluntad y el credo religioso». El artículo reflejaba que modernidad y solidaridad estaban íntimamente vinculadas, por lo que resistir a la donación era muestra de retraso social y consecuencia directa del franquismo: «Los españoles hemos permanecido anclados en conceptos o principios morales basados en pautas de comportamiento de las generaciones predecesoras. Esta actitud y el aislamiento a que hemos estado sometidos han frenado nuestra capacidad de comunicación y de intercambio de valores sociales, mientras que en otros países avanzados se desarrollaba un clima favorable, primero, y una decisión irrevocable, después, a la donación de riñones para trasplante».

⁵⁶ David RODRÍGUEZ-ARIAS y Alberto MOLINA PÉREZ: «Pluralismo en torno al significado de la muerte cerebral y/o revisión de la regla del donante fallecido», *Revista de Filosofía*, 21 (2007), pp. 65-80.

⁵⁷ El primer premio estaba dotado con un millón de pesetas en el ámbito nacional y medio millón para el local (Orden de 1 de agosto de 1984). Accesible en www.boe.es/boe/dias/1984/08/21/pdfs/A24134-24134.pdf.

⁵⁸ Francisco SZIGRISZT: «Ignorancia y realidad del trasplante de riñón», *El País*, 25 de noviembre de 1982.

En esta «Tribuna Libre» —no sabemos si encargada por el propio diario o premiada— destaca la resignificación emocional del órgano que la tecnología requería. De manera que las resistencias a donar por el «respeto debido a un cadáver» y las dificultades emocionales de los familiares no debían obstaculizar el procedimiento tecnológico. Se trataba de transitar de los temores individuales a una visión solidaria de la sociedad «moderna» frente a la del franquismo, pues la ley «persigue el bien común mediante la solidaridad entre los ciudadanos que constituyen la sociedad, que han de cooperar a la conservación de la vida humana de sus miembros como un todo integrador de las vicisitudes del comportamiento cotidiano, resuelto en un gran porcentaje en los quirófanos». Los requerimientos de solidaridad y cooperación para el «bien común» hacían del trasplante de órganos un test de cohesión de la propia nación. Este fin colectivo era considerado «superior» y no sólo se definía como una actitud laica socialmente deseable, sino que se articulaba con creencias católicas sobre el beneficio y la comunión con el prójimo. Lo que requería la nueva resignificación emocional del órgano era donar no como acto individual, sino como colectividad, identificada en clave social y naturalizada como especie. Este tipo de artículos escritos contra las resistencias sociales a donar son indicativos de un clima social que quizá anhelaba solidaridad pero, a la vez, era poco propicio a la donación de órganos, como confirmaba la editorial de *El País* de 15 de agosto de 1984: «El problema esencial sigue siendo la escasez de donaciones»⁵⁹.

Sin embargo, la prensa también mostró las simpatías de algunas personas con la tecnología, su sintonía y «admiración» con el poder curativo de los órganos trasplantados. Algunos pacientes que esperaban trasplante se congratulaban de la contribución de la prensa a fomentar «la necesidad de adquirir una conciencia de solidaridad, de generosidad, de amor hacia los demás». Antonio Llorens Peris expresaba, en 1984, su admiración por el «cierto éxito» del trasplante de corazón realizado en Bilbao gracias al órgano de un trabajador fallecido en accidente laboral y del que también se extrajeron sus riñones para fomentar «una nueva vida», y se quejaba de la falta de información, incluso varios años después de aprobada la

⁵⁹ Citado en Jesús RAMÍREZ: «Trasplantes de órganos», *El País* (Logroño), 24 de octubre de 1984.

ley, sobre cómo donar, solicitando campañas publicitarias más agresivas al estilo de las ventas a domicilio para que «nos pueda hacer donantes en potencia»⁶⁰. En la misma línea argumentativa, en 1986 el presidente de la Organización Médica Colegial de España, Ricardo Ferrer Alemán, desde *ABC* hacía un llamamiento a dar vida superando «convencionalismos, obstáculos, silencios»⁶¹.

Otros testimonios, sin embargo, reflejaban que practicar la cooperación podía ser una generosa aspiración pero, a la vez, un privilegio no alcanzable para todos. Varias personas expusieron sus dificultades para solidarizarse, pues, por la situación económica, encontraban en sus órganos una fuente potencial de ingresos. La jiennense María del Pilar Ruiz⁶² ponía en venta su riñón, incluso siendo miembro de ALCER. Julio Box se quejaba de que su situación «precaria y miserable» le obligaba a vender un ojo y un riñón por diez millones cada uno⁶³. Ante estos ofrecimientos comerciales, ALCER respondió que la Ley 30/1979 era taxativa («en ningún caso existirá compensación económica») y se debía garantizar el anonimato⁶⁴. Dos años después, un lector exponía la confusión causada por estas ventas potenciales publicadas en la prensa. Sin embargo, el caso al que hacía referencia —un recluso de Lérida que ofrecía su riñón para el sostenimiento familiar— ponía de manifiesto cómo la falta de amparo social en situaciones desesperadas asignaba un valor económico a las partes del cuerpo y ponía en cuestión las aspiraciones solidarias y los principios legales que promovían la donación⁶⁵.

Los propios pacientes, receptores potenciales, contribuyeron al estímulo y valoración positiva de la donación al poner a los lectores en contacto con la experiencia íntima de la enfermedad y la dependencia de la diálisis. Carlos F. del Río, de Basauri, animaba a do-

⁶⁰ Antonio LLORENS: «Informar a los donantes», *El País* (Valencia), 22 de julio de 1984.

⁶¹ Ricardo FERRER: «La belleza de vivir después de morir», *ABC* (Madrid), 12 de enero de 1986.

⁶² «Una mujer de Jaén pone en venta uno de sus riñones», *El País*, 7 de noviembre de 1980.

⁶³ «Ofrece un riñón y un ojo», *El País*, 28 de noviembre de 1981.

⁶⁴ «Venta de órganos», *El País*, 30 de diciembre de 1981.

⁶⁵ Miguel G. MENDOZA: «Donación de órganos», *El País*, 23 de octubre de 1983.

nar órganos innecesarios tras la muerte. De manera que el órgano —un deshecho del cadáver («allá arriba ya no le harán falta riñones») — se revalorizaba al convertirse en fuente de vida⁶⁶. Ante la espera desesperada de un órgano, otro paciente afirmaba: «A veces dudo si seré capaz de esperar más, pero no pierdo mi fe. Sé que alguien al final va a ayudarme. Estoy seguro, estoy seguro». Al parecer su esposa había emprendido una campaña de concienciación para obtener el «regalo que para mí supone una vida de algún donante [...] Es una prueba durísima». «La enorme ilusión de vivir» del joven palentino se veía cumplida, diez días más tarde, con la donación de un «policia vasco fallecido en un desgraciado accidente de tráfico»⁶⁷. Estas campañas emprendidas por los familiares de pacientes en situación dramática se repitieron, como en el caso de una niña que recibió el hígado de otro niño muerto en accidente de bicicleta⁶⁸. Frente a esta abundancia de testimonios personales, otras dificultades para la puesta en marcha pasaron más desapercibidas, como el conflicto con los intereses económicos de los centros de diálisis, que perdían protagonismo terapéutico, o las dudas sobre las pruebas de eficacia que se traslucían en la guerra de cifras por situar el trasplante renal como mejor opción⁶⁹.

La presentación de situaciones infantiles fue una fórmula, emocionalmente impactante y repetida, de estímulo a la generosidad social. Un artículo de Amalia Fernández en el *ABC* describía en detalle la situación de un «precioso» niño: «La cara verde aceituna, la barriguita hinchada y el cuerpo lleno de hematomas y postillas [...] no puede jugar con otros niños, sus madres no se fían de él», y el llamamiento desesperado de los padres: «Que nos ayuden. Que nuestro hijo se muere». La periodista remarcaba el valor humano del órgano más allá del cuerpo que lo contenía y del

⁶⁶ Carlos F. DEL RÍO: «Enfermos de riñón», *El País*, 13 de octubre de 1982.

⁶⁷ Miguel Ángel MARTÍN y F. JIMÉNEZ: «El hombre que hizo el llamamiento en *ABC* solicitando un corazón fue operado anoche», *ABC* (Madrid), 15 de febrero de 1986.

⁶⁸ «Estíbaliz, la niña a la que se le trasplantó el hígado, ha muerto en Barcelona», *ABC*, 22 de mayo de 1984.

⁶⁹ José A. SORO: «Trasplantes de riñón», *El País*, 16 de diciembre de 1983, y Juan PASARÓN: «El responsable de una clínica de Palma acusado de presionar a enfermos del riñón», *El País*, 7 de diciembre de 1983.



Fuente: «Margarita Gener Mol, la más pequeña de los niños que aguardan un trasplante de hígado en el Hospital Infantil La Paz de Madrid», *ABC* (Madrid), 26 de julio de 1986.

patrimonio familiar⁷⁰. En el mismo año, *ABC* informaba de cinco niños pendientes de trasplante de hígado en el hospital La Paz y publicaba la foto de la más pequeña, cuya expresión triste junto a un peluche resaltaba aún más el dolor y sufrimiento infantil, invocando empatía y compasión.

En 1987, Faustino Álvarez de *ABC* suplicaba: «Este niño necesita un corazón y a todos nos sacude, entre los latidos, esa carencia»⁷¹. Como en otras noticias angustiosas con adultos, las situaciones infantiles no planteaban tanto un problema individual o familiar, sino un asunto colectivo, más dirigido a propiciar la solidaridad que la caridad⁷².

⁷⁰ Amalia FERNÁNDEZ: «Un niño sevillano de dos años y medio necesita urgentemente un trasplante de hígado», *ABC* (Sevilla), 25 de noviembre de 1986.

⁷¹ Faustino F. ÁLVAREZ: «Se busca un corazón», *ABC* (Madrid), 2 de mayo.

⁷² José M.^a FERNÁNDEZ-RÚA: «Se necesita un corazón», *ABC* (Madrid), 5 de abril de 1989.

Las noticias reflejaban procesos de renegociación emocional entre individuos y colectividad, y también el valor curativo de estos llamamientos solidarios para las personas enfermas, que parecían obtener esperanza y alivio temporal al exponer públicamente su situación y recibir o suscitar la solidaridad colectiva⁷³. Por otra parte, la sensibilización colectiva mediante casos personalizados llamaba a trascender el ego y promovía la solidaridad social que afianzaba el sentido de pertenencia a una comunidad nacional, pues hacía de engrudo para la reparación y cohesión del cuerpo social⁷⁴.

El documental *Los trasplantes* (1985) es paradigmático tanto de la incorporación de los niños a la campaña pro donación como de la promoción de sentimientos colectivos que, quizá, la sociedad también aspiraba compartir. Fue protagonizado por estudiantes del colegio Montserrat Prat de Madrid y encargado a la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) por el Ministerio de Sanidad y Consumo, en colaboración con los hospitales Clínico San Carlos y Puerta de Hierro, y asociaciones pro trasplante (ADER y ALCER). En lenguaje accesible explicaba la gravedad de las enfermedades renales, presentaba la diálisis como «solución transitoria» y el trasplante como solución normalizadora de la vida. El órgano nuevo, según el documental, permitiría alcanzar plenitud vital, vida «normal» e, incluso, la feminidad «normativa», pues las mujeres trasplantadas, como indicaba una paciente entrevistada, podrían ser madres. También se argumentaba —mediante la escenificación por un mimo— que el órgano devolvería la normalidad psíquica alterada por la diálisis, que al parecer ocasionaba subestima, irritabilidad, depresión, decaimiento del deseo sexual o sentimiento de muerte inmediata. Esos «órganos que salvan» se vinculaban a emociones de admiración por los donantes, presentados casi como héroes. Un taller escolar de bricolaje reproducía, en el didáctico documento, la metáfora del cuerpo como un árbol de vida y máquina reemplazable, bajo el lema «porque morir puede hacer vivir».

⁷³ Candace CLARK: *Misery and company: sympathy in everyday life*, Chicago, Chicago University Press, 1997.

⁷⁴ Faustino F. ÁLVAREZ: «Se busca un corazón», *ABC* (Madrid), 2 de mayo de 1987.



Fuente: *Los trasplantes*, UNED, 1985.

El taller de bricolaje trasladaba una representación del trasplante que transformaba el cuerpo atado a la máquina en un cuerpo «normalizado» y proponía una clasificación de los órganos que desproblematizaba el trasplante, dividiéndolos en «regenerables» —como la médula ósea, cuyo trasplante se presentaba como «cortarse el pelo que después sigue creciendo»— y «no regenerables» —como el riñón, cuyo trasplante parecía muy fácil («le cede un riñón pero le queda otro para cumplir eficazmente sus funciones») (18.43¹)—.

El documental finalizaba reafirmando el valor progresista y democrático de la ley, porque «todos somos donantes». La secuencia final resumía la donación de órganos como acto con un carácter potencialmente doble, tan laico como religioso. En esta secuencia los niños participaban en una marcha escenificada entre la manifestación política que reivindicaba perder el miedo a la donación,

bajo el eslogan «no seáis cagones donar vuestros riñones», y las procesiones religiosas con bandas musicales tradicionales, donde los alumnos representaban la esclavitud a la máquina de diálisis, la muerte y la necesidad de que se donasen órganos.

Emociones al recibir: «la vida huele a muerte»

Además de mostrar los afectos relacionados con la donación, la prensa expuso la vivencia de personas receptoras y su entorno, lo que contribuyó a sintonizar con aspiraciones sociales solidarias o a despertar la empatía y la apreciación de las donaciones como necesidad social. El 31 de mayo de 1984, Milagros Pérez Oliva informaba del primer trasplante de corazón tras la intentona del marqués de Villaverde dieciséis años antes⁷⁵. El trasplantado, emocionado por pensar que «ahora podría estar muerto y, en cambio, cada día se siente más animado y con más ganas de vivir», era de procedencia obrera («muchacho de barrio, un chico de arrabal»). La noticia transmitía el cumplimiento del ideal de «un órgano para todos», sin distinción de clase social. Juan Alarcón atestiguaba que la enfermedad le hacía sentirse «como un inválido [...] acorralado contra la pared» ante la información médica («no hay nada que hacer»), y expresaba el miedo al dolor y la ansiedad que lo «martirizaba», aunque «ellos me dijeron que no sufriría [...] Y así ha sido, apenas he notado nada». Juan, como señalaba la periodista, había vuelto a la «vida normal».

En 1986, un reportaje de *ABC* recogía el testimonio muy agradecido de la familia de Juan Vicente Mateo tras recibir un riñón donado por la familia de Santiago Iglesias, guardia civil muerto en el atentado de ETA de Madrid el 14 de julio de 1986: «No encontramos palabras para agradecerse. Tenemos la obligación de valorar lo que significa la decisión de donar los órganos de un ser querido muerto trágicamente. Si nos encontráramos con la familia, nos pondríamos de rodillas para agradecerles la donación»⁷⁶. En este

⁷⁵ Milagros PÉREZ OLIVA y Juan ALARCÓN TORRES: «El primer hombre que sobrevive en España tras serle trasplantado el corazón se encuentra bien a los veintidós días de la operación», *El País* (Barcelona), 31 de mayo de 1984.

⁷⁶ Juan DELGADO: «Ojalá que todo el mundo actuase como la familia de Santiago Iglesias», *ABC* (Madrid), 17 de julio de 1986.

caso, la gratitud no sólo producía un efecto balsámico para el sufrimiento de la familia de la víctima, sino que, en el espacio público, dotaba de cierto sentido a la oleada de violencia que sacudía la sociedad. Las declaraciones esperanzadas propiciaban la cohesión social generando un clima de ayuda, confianza y apoyo mutuo basado en la estructura familiar tanto como en la nacional, y valoraba la donación como gesto altruista, reflejo, quizá, de las aspiraciones solidarias de algunos sectores⁷⁷.

La prensa no permite acceder con facilidad a la experiencia emocional de recibir, incorporar e integrar el órgano al cuerpo propio. Un testimonio de Salvador Vargas aparecido en el documental *Los trasplantes*, al que hacemos referencia, da cuenta de los efectos emocionales del corazón recibido: «Hago una vida mucho más efectiva y de mejor calidad [...] tengo las mismas ilusiones, las mismas ganas de trabajar». Estos efectos beneficiosos facilitaban la integración del órgano ajeno en el cuerpo: «Me encuentro tan bien que lo considero como si hubiera nacido con él». Aunque el miedo también parecía un sentimiento común, como indicaba el paciente que antes de entrar en quirófano declaraba: «Voy llorando, no sé si del mismo nerviosismo, de alegría o de miedo. Mis riñones se han muerto antes que todo mi cuerpo [...] La única salida, el quirófano y el trasplante, sí, un riñón para mí. Podré empezar una nueva vida»⁷⁸.

Sí se publicaron, en cambio, ciertas muestras de disenso ante la obligación de recibir un trasplante, quizá porque algunas posturas extremas generaron respuestas contrarias. Francisco Szigriszt, al que hemos mencionado, llegaba a afirmar que si los médicos consideraban necesario el trasplante y la persona afectada se resistía, debía considerarse el caso como un «suicidio», por lo que se le podría declarar mentalmente incapacitada para tomar la decisión: «La libertad del paciente, por tanto, quedará relegada a determinar una posible actitud psicótica, infantil o de minusvalía psíquica,

⁷⁷ Helena FLAM: «Emotions' map: a research agenda», en Helena FLAM y Debra KING (eds.): *Emotions and Social Movements*, Londres, Routledge, 2005; Robert H. FRANK: *Passions within reason: the strategic role of the emotions*, Nueva York, W. W. Norton, 1988, pp. 19-41, y Sara AHMED: *The cultural politics of emotions*, Nueva York, Routledge, 2004.

⁷⁸ «Carta de despedida a un amor», *ABC* (Sevilla), 28 de septiembre de 1986.

que se resolvería por la responsable decisión de sus representantes legales»⁷⁹. La respuesta no se hizo esperar, aunque quedara relegada a la sección de «Cartas al Director» y publicada diez días después de la aparición del artículo. Manuel Luengo y Lucía Mazarra (El País, 6 de diciembre de 1982), diplomados en enfermería, matizaban con determinación esta postura extrema expresando que el trasplante sólo alcanzaba resultados positivos en una de cada dos personas y rechazaron la idea de que quien no eligiera el trasplante fuera psicótico, infantil o padeciera minusvalía psíquica. La carta finalizaba reclamando respeto a las libertades individuales, buena muestra de los anhelos democráticos de la época.

Aportaciones del cuerpo trasplantado/ble a la historiografía de las emociones y la transición

Este trabajo explica cómo la puesta en marcha de los trasplantes puso en juego la necesidad de negociar significados políticos y emocionales en la reinstaurada democracia. También confirma el carácter semiótico-material de toda tecnología y su capacidad de generar acciones y cambios individuales y colectivos.

Los medios de comunicación exploraron emociones individuales (generosidad, gratitud, compasión y empatía) como fórmulas para evocar el amor y la solidaridad colectivos, promoviendo la responsabilidad social de la población respecto a las donaciones de órganos. El debate sobre los trasplantes se convirtió, en el contexto de la democratización político-sanitaria, en un problema social que contribuyó también a hacer de la transición una cultura. Al amparo de la legitimación social que proporcionó la Ley de Trasplantes de 1979, los debates que difundió la prensa se alejaron de un enfoque individual para transmitir su dimensión de experiencia colectiva que incumbía al cuerpo social, pese a la complejidad de la experiencia de compartir una parte del cuerpo o de recibir e integrar un órgano extraño.

Merece la pena reflexionar sobre la aportación de nuestro caso específico a los modelos explicativos de la historiografía sobre el

⁷⁹ Francisco SZIGRISZT: «Ignorancia y realidad del trasplante...».

cambio emocional de una época. Los trasplantes nos han permitido abrir una ventana a la lógica emocional de una sociedad que era llamada a sentir solidaridad y desprenderse generosamente de una parte del cuerpo, desmarcándose, incluso, de los valores capitalistas que adjudicaban un valor económico al órgano, pues la ley de 1979 imponía una generosidad obligatoria. Los procesos de negociación (individuo/colectividad) hicieron que, en la práctica, se desobedeciera la ley, al hacerse necesario el permiso de los familiares del donante para la extracción de sus órganos. En este contexto nos parece más útil la idea de «lógica emocional» planteada por Peter y Carol Stearns⁸⁰ para distinguir entre los estándares o normas emocionales socialmente aceptadas y la experiencia emocional individual o colectiva, que la de «régimenes emocionales» defendida por William Reddy⁸¹, ya que sugiere una intervención más directa del poder para reprimir o inducir ciertas formas del sentir que nos hacen inteligibles ante los demás. En nuestro análisis hemos visto la trama de interacciones entre el poder político tradicional (ley de trasplantes), los valores (religiosos o laicos) y las expresiones afectivas que contribuyeron a la resignificación emocional de los órganos corporales.

Hemos identificado también lo que podríamos llamar las «aspiraciones emocionales» de la cultura de la transición, que podemos definir como cierta percepción sobre cómo queremos sentirnos (en este caso colectivamente). Esta idea abre el lenguaje de la historia de las emociones, pues devuelve agencia emocional al sujeto colectivo que para sentir no sólo depende de los mecanismos del poder. En este sentido, si para el devenir de nuestras vidas personales son relevantes las preguntas ¿cómo quiero sentirme? y ¿qué voy a hacer para sentirme así?, igualmente lo son para la colectividad. Los órganos empezaron a percibirse no sólo vinculados sentimentalmente al cuerpo individual, sino como contribución solidaria al cuerpo colectivo. En un cuerpo social acostum-

⁸⁰ Peter N. STEARNS y Carol Z. STEARNS: «Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards», *The American Historical Review*, 90 (1985), pp. 813-836.

⁸¹ William M. REDDY: «Emotional liberty», en *The Navigation of feeling: a framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 112-137.

brado, tras largos años de dictadura, al olvido forzado frente a las heridas de la guerra civil, los trasplantes, como indicaba un periodista en la época, venían a recordar «la dependencia que tenemos los seres humanos los unos de los otros, los enfermos de los sanos, los sanos de los enfermos, todos de todos»⁸². Dar vida a través de la muerte —el efecto esperado del trasplante— requería fomentar y cultivar los ideales de solidaridad que, junto al olvido, animaban los procesos cicatriciales de la transición. Estas aspiraciones de solidaridad tenían raíces tanto católicas como laicas, tal y como reflejan, de forma diferente, *ABC* y *El País*. Las aspiraciones emocionales de la época, que quizá como pocas otras imágenes evoca el cuadro icónico de Juan Genovés *El abrazo* (1976), cuya vida material ha sido tan accidentada como los ideales que promueve⁸³, proporcionaban un valor añadido a la donación, una oportunidad para fomentar, como reivindicaba Faustino Álvarez en 1987, «un mundo mejor, un mayor hermanamiento y, en definitiva, algo que tanto necesita nuestra sociedad, paz y comprensión». Como captaba con perspicacia Francisco Umbral en 1984 al hablar de la niña granadina trasplantada gracias a la solidaridad: «María Dolores es una nueva española y una española nueva, reconstruida»⁸⁴. Quizá esta reconstrucción, mediante el cultivo simbólico y material de la solidaridad y la generosidad, fuera una de las aspiraciones emocionales que, como los trasplantes, necesitaba el cuerpo social —tanto como el individual—. Para llevar a cabo la transición parecía necesaria una reordenación de los afectos acorde con los valores del nuevo periodo democrático. Esta reordenación, que se puso en juego con los trasplantes entre cuerpos, no fue sólo un resultado forzado por el poder político sino también una consecuencia de las aspiraciones sociales por compartir afanes colectivos más reparadores. Al menos la prensa española de la época así lo reflejó.

⁸² Faustino F. ÁLVAREZ: «Se busca un corazón», *ABC* (Madrid), 2 de mayo de 1987.

⁸³ Desde el otro lado del cuadro de *El abrazo* de Juan Genovés. Accesible en <http://desdeelotroladodelcuadro.blogspot.com.es/2012/03/el-abrazo-juan-genoves.html>.

⁸⁴ Francisco UMBRAL: «Las nuevas españolas», *El País*, 8 de octubre de 1984.



Fuente: Juan GENOVÉS, El abrazo, 1976.